

Comentarios a la conferencia “Identidad sexual y creatividad”

Fanny Blanck de Cereijido
Asociación Psicoanalítica Mexicana

Es un placer comentar este trabajo que muestra una gran pericia y sabiduría psicoanalíticas junto a una excelente veta literaria, tal que hace pensar que su autora podría haber sido también una brillante escritora de ficción. De modo que contamos con la ventaja de una lectura que junto a su interés científico, proporciona placer estético a este interesante historial. De los múltiples aspectos sugerentes que provoca esta lectura, voy a referirme a dos: la sexuación y las relaciones entre depresión y creatividad.

Sexuación e identidad de género

Ante todo me centraré en las consideraciones de la autora acerca de la adquisición de género. Ella escribe que el género intrínseco y la identidad sexual se configuran por experiencias vividas en la primera infancia y a través de los pronunciamientos de los progenitores acerca de la sexualidad y del rol de lo sexual. El mismo Freud, agrega, destacó que los objetos del deseo sexual no son innatos sino que deben ser “encontrados”.

A este respecto deseo mencionar el artículo de Freud “Algunas consecuencias psíquicas de las diferencias anatómicas entre los sexos” (1925). En este trabajo se cuestiona la afirmación común que sostiene que las estructuras psíquicas aparecen en dependencia directa de la anatomía. Para Freud, si bien la niña y el niño ya habían percibido la presencia o ausencia de pene, la diferencia de los sexos se organiza psíquicamente a partir del momento en que aparece la amenaza de castración, que, proveniente del orden simbólico, resignifica la anatomía y organiza retroactivamente la percepción. La noción de castración pone fin al fantaseo de satisfacción edípica activa, ya que implica la amenaza de pérdida de pene. De este modo los deseos edípicos son reprimidos en aras del interés narcisista de conservación y el deseo libidinal por el objeto es susti-

tuido por la identificación. El aspecto prohibidor paterno es introyectado en el Superyo, perpetuando la prohibición del incesto, y comienza la latencia. Mientras en el niño el complejo de castración inicia la represión del Edipo, en la niña inicia el complejo. En su deseo de lograr un equivalente del pene del varón, la niña se apoya en la ecuación simbólica $pene = niño$, hacia la que su libido se desliza tomando al padre como objeto de amor para obtener un hijo de él.

Por supuesto, la identificación con la madre, preedípica primero y edípica después, más el interjuego del amor y del odio por ella deben ser tomados en cuenta como elementos para considerar un deseo temprano por la feminidad. Pienso que la aparición del amor por el padre es muy anterior a la etapa edípica en la que cobra otro acento.

En cuanto al papel de lo simbólico en la constitución del sujeto, lo encontramos desde el comienzo de la vida. El cuerpo erógeno no es un dato primero, el recién nacido debe ser esperado por una madre que fantasee con él, que le ponga un nombre, que lo imagine como bebé, con cuerpo autónomo y sexuado. La madre simboliza su discurso en torno a un significante que ubica al niño en el orden humano, en el que ella misma está inserta. Lo que Piera Augliani (1978) llama la “dimensión histórica materna” es necesaria para que el sujeto sea reconocido como un eslabón de una cadena significativa de la que es resultado, y cuya continuidad él mismo garantiza.

Por lo demás, si nos referimos a la sexuación, sabemos que el psicoanálisis no puede describir genéricamente a los hombres ni a las mujeres, ya que como referencia real, lo que el hombre y la mujer son, se ubica en la diferencia anatómica de los sexos. En cambio el psicoanálisis sí puede estudiar el devenir de hombres y mujeres como sujetos sexuados a partir de un *infans* con disposición poliforma y anárquica. Este modo de pensar incluye una concepción acerca de la construcción de la feminidad y de la masculinidad, y no de hombres y mujeres, ya que los seres humanos, dada su bisexualidad y su desarrollo a través de identificaciones, combinan características femeninas y masculinas, aunque estas mismas sean permanentemente cuestionadas.

Así como el discurso acerca de la castración es el que le da sentido a la percepción de la diferencia anatómica, la actitud con la que se enfrenta el advenimiento del bebé y su sexo, y el impacto que este provoca en los padres es decisivo. De entrada la niña tendrá nombre femenino, atuendo de mujercita, y despertará un lenguaje y trato acorde con la condición femenina en ese movimiento que va adjudicando la ubicación de género. La niña necesita sentirse aprobada por la madre en su identificación femenina y confirmada por el padre a través de una actitud que le permita ser narcisizada en su crecimiento como tal.

El contexto de la adquisición de género es un proceso dependiente de lo simbólico, en cuyo marco podremos ubicar el deseo de hijo, como situaciones que aparecen a lo largo de la elaboración de la posición femenina, dependientes de la cultura, de la identificación con la madre y del discurso parental al respecto. A pesar de que las diversas civilizaciones parecen compartir la creencia en la identidad de la mujer=madre, la maternidad aparece como el resultado social de una legislación, de un orden preexistente, fundado en representaciones mentales que poseen un estatuto simbólico que opera de modo inconsciente en los sujetos que obedecen a sus leyes.

La cultura en la que vive la madre es determinante con respecto al deseo de hijo. Tan es así, que Tamar, ante la muerte de sus sucesivos maridos Er y Onán, llegó a fraguar un ardid para conseguir ser fecundada por su suegro Judá (Génesis 38). En el extremo opuesto, las clases media y alta de Francia e Inglaterra en los siglos XVII y XVIII daban a cuidar y amamantar a sus bebés a gente de servicio, lo que llevó a pensar que con ello trataban de evitar un compromiso afectivo, dada la altísima mortalidad infantil. E. Badinter (1987) opina que este argumento trata de preservar la idea de la inmanencia del amor materno, pero que el amamantamiento y crianza eran vistos como subalternos y degradantes, razón para entregar los niños a las nodrizas, que los trataban con negligencia, razón esta de la alta mortalidad infantil. En la clase humilde, dice Badinter, los bebés vivían más porque eran cuidados por sus mamás. Es a partir de 1750 que se empieza a mencionar el amor maternal, y parece ser que este cambio se debe a la necesidad de que los niños sobrevivan, ya que las pérdidas humanas ocasionadas por las guerras frecuentes en Europa eran cuantiosas en esos años.

Acerca de la creatividad y el duelo

Joyce McDougall señala tempranamente a Mía la depositación de sus propios aspectos valiosos en su pareja. Así muestra la privación de Mía, alienada en Claire, con la que mantuvo una relación narcisista, en el sentido de depositar en ella partes propias. Esto la dejó empobrecida en la separación, ya que ella no puede sentir como propio lo que es de valor. La mirada desencantada, frustrada, de los padres en su nacimiento, por ser una mujercita, fue creando una niña descontenta de serlo, triste, que no llenaba las expectativas parentales. No es la preferida del padre ni de la madre, siempre hay un otro-otra, que tiene mejor destino. Ella muere simbólicamente el día que nace, al provocar el llanto del padre con su llegada al mundo. La falta de sentido de sí misma, su falta-en-ser, su debilidad como sujeto, la exponen a hacer sólo para los demás, a tratar a la compañera como ella misma hubiera necesitado ser tratada por la madre. Bus-

ca solucionar lo que es vivido como una pobre investidura libidinal temprana, como los efectos sobre ella de unos ojos disgustados y rechazantes, que deseaban ver un varoncito. En este sentido, los resultados de estas situaciones sobre su elección de objeto son muy claros en el historial clínico.

Aparece un aspecto de particular importancia y de abordaje delicado, cuando Joyce afirma que es importante para el analizando entender las vicisitudes ocurridas en sus vínculos, poder pensar en la conducta de los personajes importantes de su vida, con una reflexión centrada no sólo en la relación de estos personajes con él mismo, sino como avatares de la vida del otro, de su biografía y de su mundo interno. Esto le abre una nueva posibilidad creativa, ya que el sujeto se libera de pensar en un otro omnipotente – omnisapiente que tiene poder traumático sobre él. En algunos casos que yo he visto, está en juego la sujeción al otro, y también la elaboración del propio narcisismo proyectado.

Joyce menciona varios duelos de Mía, por sí misma, por la pareja, por la pérdida de la madre. Su elaboración le permite no quedar encerrada en la melancolía y desarrollar una notable capacidad creativa.

Freud en su artículo “Duelo y Melancolía” (1917) alude al trabajo de desprendimiento del objeto, que debe hacerse para cada ligamen intrapsíquico con él. Laplanche (1990) recuerda que el término alemán que Freud emplea es *losung*, que se traduce como desprendimiento, desanudamiento. Entonces el sujeto se desanuda, se desliga del objeto perdido. En el mismo artículo de Laplanche se menciona a Penélope, quien había perdido a Ulises que se había ido de viaje, y después de un tiempo no se supo si él regresaría. La historia nos dice que ella es solicitada en matrimonio, es decir, a constituir nuevos lazos, por algunos pretendientes. Ella dice: “escogeré un pretendiente cuando termine la tapicería que estoy haciendo”, y sabemos que cada noche deshacía la tapicería, de modo que el trabajo se tornaba infinito. Más allá de la argucia, hay un contenido latente: es imposible hacer una nueva tapicería sin haber terminado el trabajo de deshacer lo antiguo, y el día que ella haya deshecho verdaderamente la tapicería anterior, podrá tejer, con los mismos hilos y no con otros, una nueva. Estamos verdaderamente ante una imagen maravillosa tanto del trabajo de duelo como del trabajo de análisis. Nuestro trabajo es deshacer la tapicería y permitirle al sujeto tejer una nueva, si le es posible.

El trabajo de duelo permite apropiarse de la historia, tomar consciencia de los efectos que tiene en la vida presente y en los planes y proyectos para el futuro. Podemos pensar que existe en ciertos sujetos una especial sensibilidad a la pérdida y a la transitoriedad, dada por una serie de factores de sus series complementarias. Esta sensibilidad tiene un destino diferente en la melancolía

y en la producción artística que depende del trabajo de duelo, de la elaboración posible, de la creación, tanto en el análisis como en la vida cotidiana.

El sujeto adviene en razón de una falta. La diferencia marcada por la falta es desmentida por la alucinación de la presencia materna (identidad de percepción) que se tornará más adelante, y nunca de manera absoluta, en la identidad de pensamiento. Reconocer la diferencia entre la madre y la imagen de la madre es la precondition para buscarla. El deseo aparece a partir de esa diferencia.

Hacerle frente a una ausencia y a partir de ella, crear el *Fort/Da* es el comienzo simbolizante de la vida, y la elaboración creativa de lo que se pierde, la cual sucede a lo largo de la existencia.

La obra de arte aparece en la búsqueda de lo perdido, y ocupa su lugar como objeto cultural en razón de sus condiciones estéticas, pero corresponde al proceso de elaboración y creación necesarias en la vida diaria de las personas.

Referencias

Aulagnier, PC (1978). "Observaciones sobre la estructura psicótica" en *Psicoanálisis de la estructura psicótica*. Buenos Aires: Letra Viva.

Badinter, E. (1987). *Maternal Indifference in French Feminist Thought*.

A Reader. Blackwell Publishers.

Freud, S (1917). *Duelo y Melancolía*. Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Vol. 14.

_____ (1925). *Algunas creencias psíquicas de las diferencias anatómicas entre los sexos*. Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. Vol. 19

Laplanche, J (1990). *Duelo y Temporalidad*. Trabajo del Psicoanálisis. Vol. 4. Núm. 10.